
Monasterio de Moreruela. Sinopsis gliptográfica

S. PRIETO MORILLO

*La iglesia es el taller capital, el punto de cristalización
de toda la empresa cisterciense. Todas las otras
construcciones le están subordinadas*
(Georges Duby: San Bernardo y el arte cisterciense)

Las recientes intervenciones¹ realizadas en los vestigios aun erguidos y en el entorno inmediato de la iglesia abacial de Santa María de Moreruela, despejando la vegetación invasora del recinto, en primer lugar y evaluando la intervención inicial de mayor urgencia, a continuación, materializan la voluntad y el compromiso de asumir de forma definitiva la importancia del recinto consolidando las ruinas actuales a fin de detener el agónico deterioro anterior. La adquisición del monumento por la Junta de Castilla y León en el pasado año 1994 aceleró la ineludible y urgente actuación plasmada en el “Proyecto de Consolidación del Monasterio de Moreruela” del que son autores los arquitectos Leocadio Peláez y Miguel Angel de Lera². La accesibilidad al conjunto ha revelado la existencia de marcas antes desconocidas, como también lo eran los vestigios de algunos elementos edificatorios igualmente ignorados.

Sintetizar el devenir histórico de la abadía requiere las oportunas consultas a la abundante bibliografía disponible sobre el monasterio, poniendo especial cuidado en sortear la relativamente persistente incertidumbre y falta de acuerdo entre los investigadores, derivada de la disparidad de criterios interpretativos de la documentación conservada –que no parece nada concluyente respecto a la reseña cronológica del proceso constructivo– alusiva a los orígenes del monasterio, asentamiento de los monjes y ubicación del primigenio recinto monacal; proceso de afiliación, incorpo-

¹ En los años sesenta y setenta se realizaron labores de restauración dirigidas por los arquitectos Luis Menéndez Pidal y M.A. Hernández Rubio que incidieron sobre las cubiertas de la girola y la consolidación de los fragmentos más deteriorados de algunos paramentos, sustituyendo algunos sillares del presbiterio. A la vista de los recientes resultados no podemos dejar de manifestar la esperanza de contar en un futuro inmediato con la reconstrucción teórica y documental «in situ»: planos, documentación fotográfica, confección de maquetas –sin desechar las posibilidades que ofrece la infografía–.

² Agradecemos la disponibilidad demostrada por los citados arquitectos proporcionándonos no sólo copia de los planos y de la documentación fotográfica, sino dedicándonos la atención que debieron sustraer a su actividad profesional. Acceso y disponibilidad que no tuvimos de forma tan inmediata ni eficaz por parte de los funcionarios de la Junta de Castilla y León a quienes acudimos en primer lugar.

ración efectiva a la disciplina cisterciense y, en especial, lo que atañe directamente a nuestro cometido: la edificación de la iglesia y de las dependencias abaciales que con mayor o menor deterioro podemos contemplar actualmente. La documentación y las investigaciones más recientes permiten establecer una secuencia cronológica que toma como referente remoto el siglo noveno, manteniendo una existencia de afianzamiento sostenido hasta que en los últimos años de la primera mitad del siglo XII, con la donación regia de Alfonso VII a Ponce de Cabrera –quien lo pondrá a disposición de los monjes fundadores– del lugar denominado Moreruela de Frades, inaugura la trayectoria que lo sitúa entre los monasterios cistercienses más singulares de la Península. Afiliado al Císter en las décadas iniciales de la segunda mitad del citado siglo, –vinculado como filial al monasterio de Clairvaux– inicia un importante período de expansión económica que sustenta el impulso inicial de la edificación del templo y de las dependencias auxiliares prescritas por la orden.

La acometida de las obras de la iglesia se supedita directamente a la disponibilidad de recursos económicos; los preceptos de los órganos rectores del Císter insisten en eludir, siempre que sea posible, el endeudamiento que deberán soportar las abadías si encaran proyectos edificatorios demasiado ambiciosos. Así, se recomienda desechar los aspectos superfluos de sus construcciones evitando la excesiva magnificencia; la austeridad respecto a la administración de los recursos económicos acentúa el carácter anicónico y pragmático de la orden .

La predisposición de los monarcas castellano-leoneses a favorecer el asentamiento de los monjes cistercienses, manifiesta indudablemente la necesidad de contar con la participación y colaboración de gestores económicos de reconocida y demostrada

competencia; la concesión de bienes y exención de obligaciones es la fórmula simbiótica óptima. La rentabilidad conseguida por los monasterios de la orden en lugares yermos es perfectamente conocida; los recursos del te-

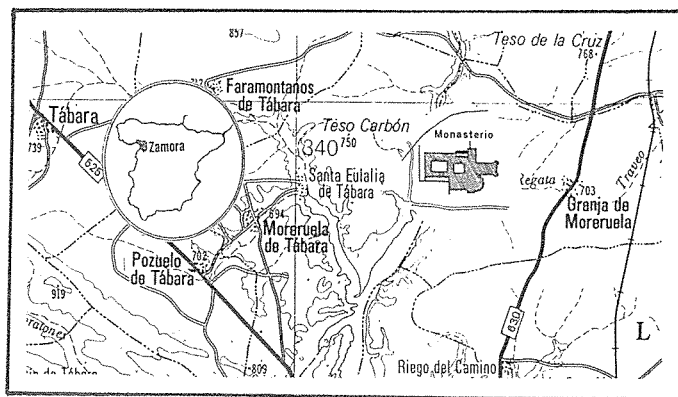
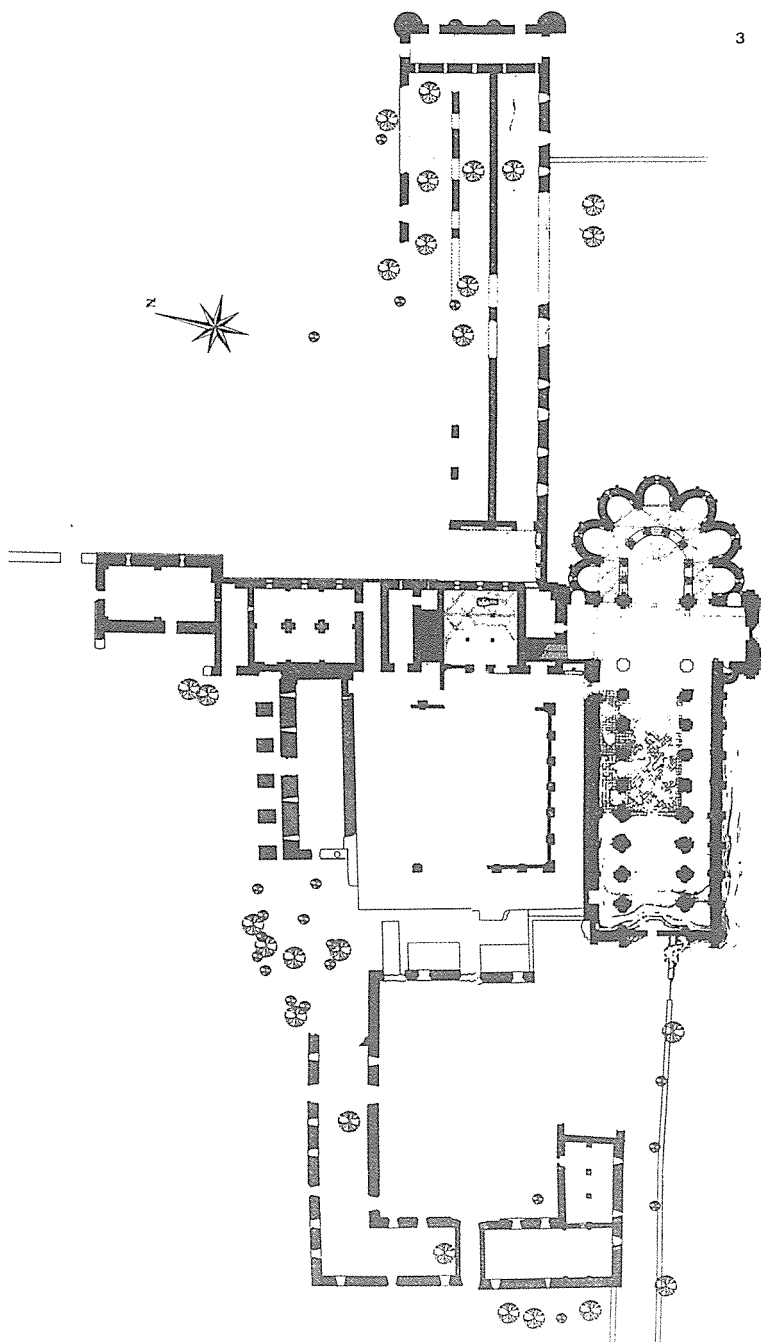


FIG. 1.- Localización del Monasterio.

rrazgo castellano-leonés son abundantes si se aprovechan adecuadamente. La colonización y explotación económica del medio natural queda en las mejores manos.

El asentamiento determinante de la comunidad se expresa en el levantamiento de la iglesia, anhelo que partiendo de la iniciativa monástica no deja de ser un empeño colectivo. Las donaciones particulares y en especial las procedentes del estamento señorial –documentadas convenientemente– se solicitan o adjudican en algunos casos, vinculadas directa e inexcusablemente a la edificación de la iglesia: “*ad opus*” en unos casos y “*ad perficionem fabricam*” en otros, hasta el punto de



Monasterio de Santa María de Moreruela, planos y planimetría.
Arquitectos: Leocadio Peláez y Miguel Angel de Lera

acotarlas de tal modo que sólo los encargados³ de la administración de los recursos destinados a las obras pueden disponer de ellas, su autorización es preceptiva para efectuar cualquier alteración de las disposiciones pactadas.

La economía monacal se concibe y desarrolla con el fin de dotar a las abadías de la indispensable autosuficiencia económica, asentada fundamentalmente en la explotación directa del coto y de las granjas, y también en la obtención de rentas originadas en el arrendamiento de predios, participando por voluntad propia o de forma ineludible del régimen de explotación señorial; los monasterios cistercienses no sólo aparecen como receptores de rentas de distinto tipo sino también como destinatarios de percepciones derivadas del ejercicio de derechos jurisdiccionales.

El incremento del patrimonio, la autonomía de explotación, las innovaciones técnicas; la dedicación fundamental al desarrollo de actividades productivas de máximo rendimiento entre las que destacan la ganadería y la minería, además del cultivo de la vid; contando también con la participación de activos humanos tan importantes y disciplinados como los conversos –al menos durante la etapa inicial y más difícil de la existencia monacal, cuando los recursos económicos son escasos y las necesidades crecientes–. La obtención de rentas derivadas de la explotación indirecta de las posesiones y el añadido de determinadas exenciones y obligaciones fiscales, generan los suficientes excedentes monetarios con los que acometer la edificación de la iglesia abacial y de las dependencias monacales prescritas como imprescindibles. La contratación de trabajadores asalariados para la construcción de las dependencias conventuales es requerida y aceptada cuando resulta imprescindible, sea por su cualificación profesional, o bien, porque la disponibilidad de monjes y conversos es notoriamente insuficiente. En cualquier caso, siempre que los recursos económicos lo permiten

Realizada la labor de preparación del suelo y cimentación, se acometen las obras de edificación de la iglesia en los primeros decenios de la segunda mitad del siglo XII,⁴ afrontando la construcción de la cabecera –es presumible que la necesaria desecación del buhedal dilataría la acometida inicial–. La girola participa del modelo teórico cisterciense de capillas radiales, cuya manifiesta existencia es incrementar el número de altares disponibles para los preceptivos y rotatorios oficios litúrgicos de los monjes. La disposición de la cabecera, su forma y trazado, permiten integrarla –con las salvedades oportunas– en el conjunto formado por las iglesias de los monasterios de Veruela, Fitero, Poblet y Gradefes, cuyo modelo compartido y remoto parece ser cluniaciense; en sentido más amplio, compartirían afinidades con las iglesias construidas en Borgoña en la segunda mitad del siglo XII. De considerar cierta dicha homogeneidad de traza, deberá interpretarse en sen-

³ Consideramos acertada la consideración del «*magister operis*» como administrador con dedicación específica a todo lo relacionado con la dotación de medios económico-financieros para la edificación. La documentación disponible no permite concretar si tales tareas eran compatibles con la posible dirección técnica de las obras que la denominación parece indicar. Vr. I.Bango Torviso: *Monasterio de Santa María de Moreruela*. Pág. 66

⁴ Foto VII. Las labores de limpieza de la vegetación que rodeaba el exterior de la girola y parte de las naves de la iglesia permitieron apreciar una inscripción «*datatio*» que parece indicar la era MCC (año 1162), localizada en las hiladas inferiores del muro exterior de una de las capillas. Vr. FERNANDO MIGUEL HERNÁNDEZ, «Aproximación arqueológica al Monasterio de Santa María de Moreruela». *Anuario I.E.Z. Florián de Ocampo*. Zamora, 1994

tido necesariamente amplio y desde el punto de vista meramente teórico, considerando que los constructores a quienes se encomienda la dirección y realización de las obras mantienen fidelidad al proyecto recibido que interpretan de acuerdo a los arquetipos que les resultan más conocidos y atendiendo a las orientaciones proporcionadas por quienes detentan la cualidad de patronos y gestores del proyecto.

La apariencia de uniformidad arquitectónica del oratorio parece desarrollar un plan –supuestamente experimentado, al menos en lo que atañe a los elementos estructurales considerados como fundamentales– proyectado para la función a la que va a ser destinado, pero en el que no se ha previsto la necesidad de superponer estructuras vanguardistas sobre otras más arcaicas. Las soluciones arquitectónicas se subordinan a un proyecto, principalmente espiritual y consecuentemente estético, siempre que no resulte negativamente afectada la lógica de las obras cuyo objetivo primordial es mantener erguida la fábrica. Sánchez Torviso aduce la existencia de ciertos replanteos e irregularidades: “*incongruencia y falta de unidad en el proyecto*” como secuela indeleble de la yuxtaposición de elementos arquitectónicos novedosos con otros ya existentes e ineludibles.

El conjunto abacial se adapta fundamentalmente a las estrictas normas cistercienses, adoptando cualquier singularidad siempre que no altere las disposiciones de los Capítulos Generales, más atentas a los preceptos de la orden respecto a la distribución y finalidad de las distintas dependencias y a su ubicación que al aspecto formal de las construcciones. La unidad de liturgia y de rutina monacal inspiran la planificación; la diversidad arquitectónica entre las abadías cistercienses no obedece al relajamiento u omisión de los preceptos, sino –como indica Marcel Aubrel– a la notoria influencia de las tradiciones constructivas locales que no alteran sustancialmente ni la disposición de las dependencias ni el espíritu que anima la construcción. Pragmatismo constructivo señalado por Georges Duby al destacar: “*la belleza de las piedras, en las que los obreros asalariados han dejado su sello, reducidas por las talla al plano perfecto, a la línea recta, al ángulo recto, a los rigores del cubo*”, sin olvidar la constante preocupación por el recurso a las innovaciones técnicas más eficaces y rentables en el arte de la edificación.

SINOPSIS GLIPTOGRÁFICA

Los signos recogidos en el cuadro adjunto –más significativo que exhaustivo– conforman el corpus gliptográfico del monasterio; comprende las variantes de un mismo signo que podemos identificar y considerar como tales observando la identidad de la grafía pero apreciando diversidad de autor en su realización. Recogemos incluso marcas que, representadas por un solo ejemplar –algunas más vinculadas al *graffiti* o al boceto que al concepto de marca de cantero–, apenas podemos considerar significativas para una lectura gliptográfica particularizada del monasterio. Las dimensiones oscilan entre tres y doce centímetros de ancho, mientras que la altura fluctúa entre los cuatro y doce centímetros. La incisión de la talla no es demasiado profunda.

La secuencia por la que hemos optado para organizar los signos es meramente formal. Adoptamos un criterio descriptivo a partir del esquematismo lineal más simple y abundante; recogiendo de forma progresiva las grafías más elaboradas y

complejas que recogemos en las casillas finales y entre las que destacamos como más relevantes y significativos los signos con remates espiriformes que ocupan las cuadrículas inferiores.

La frecuencia es notoriamente variable y de ella tomaremos la consideración de signos más significativos aquellos que son más abundantes y que revelan, por tanto, una mayor perdurabilidad del taller o colectivo al que representan; sin descuidar la particularidad de la grafía y la calidad de elaboración. Frecuencia y distribución son criterios que debemos vincular necesariamente al progreso de la edificación: los signos son notoriamente más abundantes y diversos en las zonas que se elevaron en primer lugar desarrollando una secuencia cronológica sólo dilatada por interrupciones ineludibles, estableciendo la identidad original y estilística de la obra. La girola –en opinión de M. Steger,

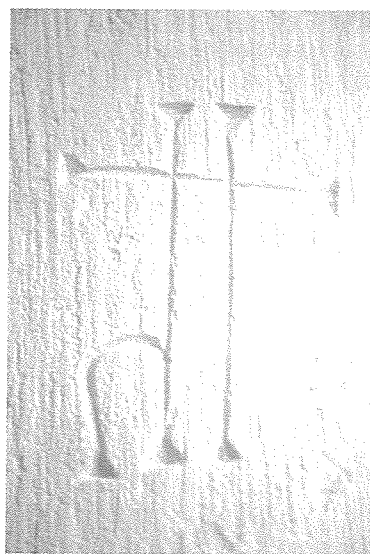


Foto. 1

compañada por otros investigadores, las iglesias se elevan generalmente de Este a Oeste, comenzando por el santuario– condensa, tanto en los muros exteriores como en el interior, la mayor frecuencia y variedad de signos que a partir del transepto va menguando progresivamente tanto hacia el oeste como hacia la sala capitular. Es en el interior de las capillas donde recogemos las marcas que sin duda debemos considerar como identificativas del monasterio y que en algunos casos también observamos en algunos monumentos más o menos coetáneos específicamente localizados en el entorno geográfico inmediato.

La expansión geográfica de las marcas de trazo simple y rectilíneo es muy amplia, hasta tal punto que apenas podemos citar edificios construidos durante esta época y dotados de marcas de cantero, en los que no aparecen signos líneales o cruces simples (con remates o sin ellos), figuras geométricas básicas: triángulos, círculos, cuadrados–; incluso signos alfabéticos perfectamente reconocibles; además de las variantes generadas por sucesivas combinaciones o amalgama de trazos. Destaca significativamente entre ellos –más que por la variedad por su notoria y persistente presencia– el denominado “pentalfa” ☆⁵. Intentar establecer la identidad de cada signo y su significado, sería una labor encomiable si permitiera indagar sobre la filiación del cantero y el uso que hace de la marca otorgada, la motivación y la grafía del signo; sin embargo, no siendo así, puede resultar una tarea tan ardua

⁵ En nuestro estudio sobre la iglesia de San Martín de Catañeda (*Brigecio*, 3, 1993, pp. 124 y 126) ya señalamos la internacionalización de esta marca, su importancia y alguna de sus posibles interpretaciones. Constatamos además su presencia casi constante en buena parte de los monasterios –especialmente en el ámbito peninsular– edificados por la orden cisterciense en los siglos XII y XIII. Dato que sin ser concluyente puede ser significativo

Monasterio de Santa Maria de Moretuela

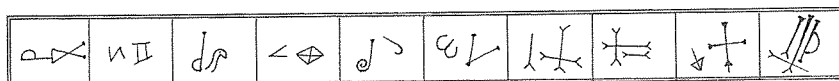
—	~	~	—	—	∫	∕	≡	∨	∨
∧	∧	∧	∧	∧	∧	∧	□	⊗	∇
△	∇	∇	∇	∇	∇	∇	≡	∧	∧
○	○	⊕	⊕	⊗	⊗	⊗	∩	∩	∩
⊕	⊕	⊕	⊗	⊕	⊕	⊕	∩	∩	∩
∩	∩	∩	∩	F	J	∩	∩	a	b
e	A	M	M	B	C	b	∩	D	E
N	N	H	N	M	W	W	≡	S	S
z	R	a	a	d	P	P	P	J	J
p	∩	h	f	P	—	—	∩	e	∩
∩	i	∩	∩	∩	∩	∩	∩	∩	∩
∩	6	∩	S	∩	∩	e	∩	∩	∩
∩	∩	∩	∩	∩	∩	∩	∩	∩	∩
∩	∩	∩	∩	∩	∩	∩	∩	∩	∩
∩	∩	∩	∩	∩	∩	∩	∩	∩	∩
∩	∩	∩	∩	∩	∩	∩	∩	∩	∩
∩	∩	∩	∩	∩	∩	∩	∩	∩	∩

como infructuosa y de la que apenas podemos esperar otra cosa que un compendio de afanasas conjeturas y dudas no menos razonables tan extenso como nuestra propia osadía nos otorgue. No contamos con documentación referente a la labor de los canteros, ni listados en los que aparezcan con sus respectivas marcas. Sólo cuando tal identificación –aun cuando sólo sea formal– resulta inequívoca debemos manifestarla; supone, en cualquier caso, un significativo avance hacia la comprensión plena tanto de su existencia como del significado; la interpretación queda inevitablemente supeditada al avance de las investigaciones gliptográficas de marcado carácter interdisciplinar.

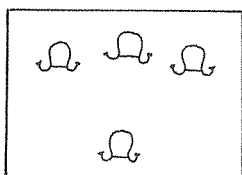
La existencia de varios signos en el mismo sillar es notoriamente escasa e inevitablemente menos significativa; no facilita información distinta a la de la marca

singular, apenas podemos discernir si estamos ante un signo compuesto por trazos más o menos dispersos o por el contrario son marcas diferentes y de autor distinto –marca de cantera y signo de tallista– o bien sillares desechados y retallados en los que no ha desaparecido la marca primigenia. Recogemos en los recuadros siguientes los ejemplos que, sometidos a futuras y oportunas revisiones, podemos considerar como tales. Intentar una interpretación o discernir su alcance sería componer un amplio repertorio de interrogantes cuya réplica no podría ser menos incierta.

MARCAS DOBLES



Si resulta especialmente significativo y singular, atendiendo al catálogo internacional de publicaciones glíptográficas, el sillar localizado en las hiladas inmediatas al lado izquierdo del rosetón de la portada meridional que presenta cuatro marcas idénticas en disposición cruciforme. El signo representado aparece con cierta





profusión en la girola, manifestando además algunas diferencias respecto a la curvatura de los trazos extremos rematados casi siempre por triángulos incisos. Tous i Sanabra recoge un ejemplar similar en su lámina decimotercera pero sin precisar los remates. En el monasterio femenino de Santa María de Gradefes (León), perteneciente también al Císter, hemos observado una marca idéntica coincidente con la representada en el

catálogo citado y en la que la única diferencia con la recogida en Santa María de Moreruela, es la omisión de tales acabados.

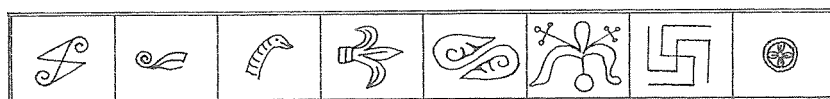
El remate en espiral permite añadir una nueva clasificación agrupando marcas ya incluidas en el cuadro y caracterizadas por esta particularidad. Destacamos además las variantes inherentes al nuevo grupo de forma que constatando este hecho, difícilmente podemos realizar otra interpretación que no sea reiterar la intervención de canteros distintos y presumir la ausencia de contraste con una supuesta plantilla que reproducir fielmente –las variantes más evidentes se refieren a la orientación: izquierda o derecha; dimensiones distintas y sustitución alterna de tramos rectos y curvos–. Las diferencias reseñadas, más o menos notorias, no facilitan precisamente nuestra tarea; verifican, sin embargo, que el empeño no es precisamente duplicar fielmente la marca, sino el simple compromiso de grabar los rasgos esenciales que permiten identificarla, en ocasiones, con añadidos eventuales que distorsionan la grafía dando origen a un signo prácticamente distinto. Las hipótesis que no podamos contrastar con referencias incuestionables, sólo lograrán dispersar innecesariamente nuestra atención, obteniendo a cambio efímeras y superficiales interpretaciones en las que sustentar conclusiones no menos caducas.

No siempre podemos considerar que una grafía ejemplar y un grabado impecable permiten reconocer a un cantero especialmente hábil y cualificado. Los silla-

res cuyas marcas destacan por la calidad de trazo y ejecución no se diferencian de aquellos cuyas marcas son más descuidadas; la uniformidad de estereotomía permanece constante y el cuidado al ser colocados en el paramento no permiten apreciar contrastes significativos. La habilidad técnica requerida para realizar labores tales como tallado de molduras y capiteles no aparece contrastada con las correspondientes marcas que de forma casi exclusiva se realizan en alguna de las caras de los bloques y en contadas ocasiones aparecen visibles en fustes y capiteles. La montea de las piezas que forman la escalera de caracol por su especial diseño pudiera indicar la intervención de especialistas, sin embargo constatamos que las marcas no difieren de las que aparecen dispersas por el conjunto monacal. De tal forma que la única conclusión posible es apreciar la iniciativa personal del tallista al cuidar especialmente la grafía de su marca y hacerlo de forma detallada y pulcra, actitud que no siempre se constituye en norma.

Contamos apenas con dos ejemplos de marcas ocultas: una de ellas  localizada en la fracción diestra de la cara interna del tambor que forma el capitel entrego, de uno de los pilares interiores adosados al paramento meridional; la otra  aparece en uno de los últimos pilares de la nave colateral septentrional. Como singularidad reseñamos el hallazgo de una marca parcialmente desaparecida al realizar la moldura basal de la hornacina situada en una de las absidiolas; en otro caso, la ablación se ha producido al rebajar el bloque para adecuarlo a la galga de la hilada a la que ha sido destinado.

Para concluir prestaremos atención a determinados diseños trazados en el exterior de alguno de los ábsides y en el muro meridional; de igual modo, al reducido conjunto de dibujos que no encajan adecuadamente en el cuadro de marcas. Los primeros responden a la denominación: “roses au compas” o “jeux de compas” adjudicada por algunos investigadores galos, y cuyo sentido parece ser meramente recreativo, incluso didáctico. El siguiente grupo lo forman dibujos que en algunos casos podríamos considerar marcas, –atendiendo al contexto gliptográfico–, pero su orfandad prácticamente les excluye como tales.





Algunos se vinculan a la marca de la que proceden y de la que se distancian con “adiciones artísticas». Otras como la cruz gamada podemos vincularla a diseños grecolatinos.

Reseñamos como curiosidad el dibujo realizado en el exterior de uno de los ábsides que realizado por simple percusión de una herramienta inadecuada, representa el alzado de un templo y que bien podemos considerar integrado en el conjunto de *graffiti* –grupo tan diverso como su propia cronología–. La denominada “cruz de madeja” o laberinto aparece con cierta regularidad durante todo el medioevo prolongándose en siglos posteriores, incorporada como sello de escribano en algunos documentos de carácter notarial. En una de las últimas visitas realizadas localizamos el signo, *graffiti* o dibujo (foto II) que más nos ha cautivado. Aparece



Foto II

en los tambores inferiores y contiguos de las columnas de uno de los pilares que separan la nave central y la colateral meridional. La bibliografía consultada, no ha dado resultados relevantes hasta el momento; apenas podemos ofrecer otro referente que no sea la similitud esquemática que presenta con el relieve de uno de los canecillos del ábside de la iglesia de la Magdalena (siglo XII. Zamora):  y cediendo a la tentación por extrapolar y forzar una interpretación, apreciamos cierta similitud con la grafía que identifica la letra “h” del jeroglífico egipcio: . Uno de los dos ejemplares presenta un trazado bien elaborado, mientras el contiguo es más descuidado, deliberadamente deteriorado, o simplemente inacabado. Cotejado con las brisuras y símbolos heráldicos, tampoco obtuvimos resultados coherentes. Como recurso postrero sólo podemos esbozar algunas de las variadas significaciones e interpretaciones que sobre el simbolismo de los ofidios se han realizado desde la remota prehistoria hasta la más inmediata simbología cristiana. En origen la serpiente fue considerada animal telúrico por excelencia, evolucionando hacia consideraciones de divinidad teriomorfa y vinculada a la mántica o adivinación, incluso con carácter ambivalente a la medicina: mal que cura. La simbología cristiana la considera representación de los vicios entre los que destacan la avaricia y especialmente la lujuria. Como encarnación demoniaca aparece abatida, vencida y humillada por intervención divina.

Las conclusiones que deberían tener un lugar propio en el párrafo final, han quedado dispersas por las páginas anteriores, exponerlas nuevamente sería elaborar un resumen más reiterativo que clarificador y alejado de toda síntesis cuyo sentido no sería otro que fijar los conceptos e ideas ya expuestos. Las interrogantes que se han suscitado, las que apenas se han insinuado y las que se susciten en el futuro

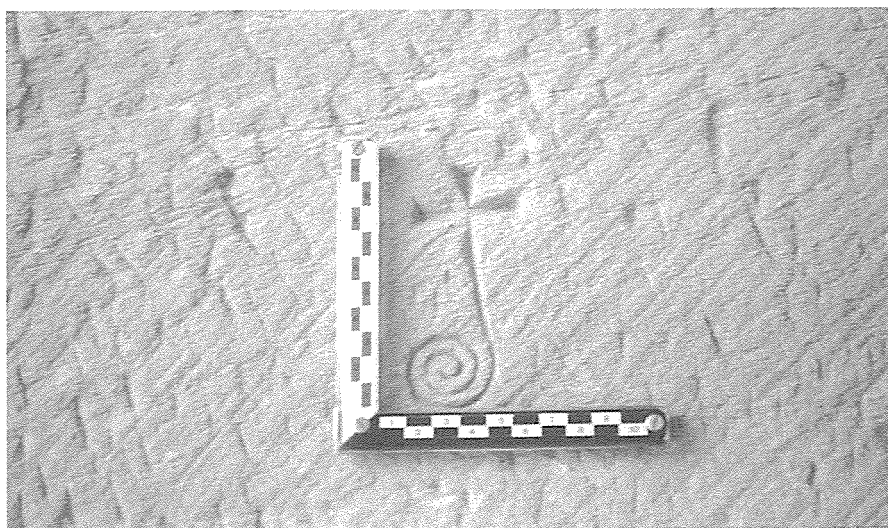


Foto III



Foto IV



Foto V



Foto VI



Foto VII



Foto VIII

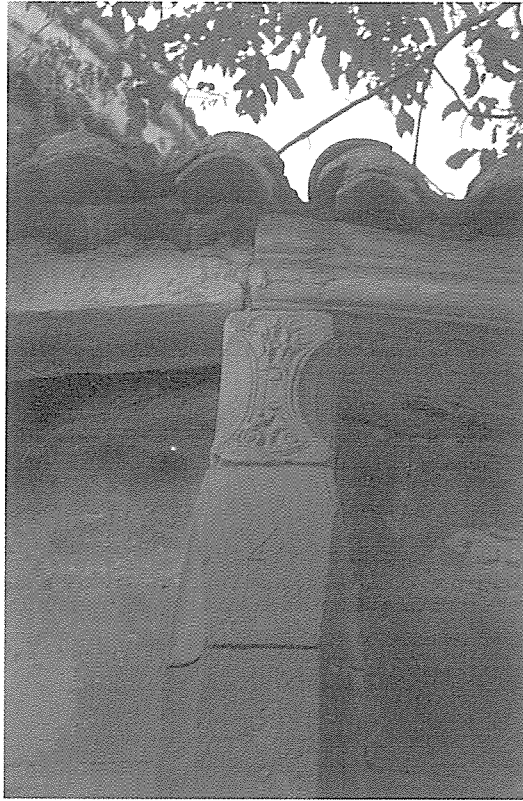


Foto IX

constituirán el objetivo de futuras investigaciones, sustentadas por referentes novedosos, variados y complejos. El inicial propósito del presente estudio no ha sido otro que exponer el resultado de un primer acercamiento al estudio gliptográfico del monasterio de Santa María de Moreruela, añadiendo una nueva perspectiva y un referente distinto que incorporar a posteriores investigaciones.

BIBLIOGRAFÍA

- ALFONSO ANTON, I.: *La colonización cisterciense en la Meseta del Duero. El dominio de Moreruela (Siglos XII-XIV)*. Zamora, 1986
- AUBERT, M.: *Existe-t-il une architecture cistercienne?* Cahiers de Civilitation medievale. Poitiers, 1958
- ALVAREZ VALENZUELA, V.: *Monasterios cistercienses en Castilla (Siglos XII-XIII)*. Valladolid, 1978
- BANGO TORVISO, I. G. *Monasterio de Moreruela*. Zamora, 1988

- BUENO DOMÍNGUEZ, M.^a L.: *El Monasterio de Santa María de Moreruela (1143-1300)*. Zamora, 1988
- CAPDEVILLA RAMOS, J.: *Catalogación de los signos de picapedrero de la fachada principal de la iglesia del monasterio de Santes Creus (Tarragona)*. Zaragoza, 1982
- CARNICERO MENDEZ-AGUIRRE, J. M.: *Notas acerca de la vida cotidiana en los siglos XII-XIII: Los "petrarii et alia officia" constructivos en algunos monasterios cistercienses*. Orense, 1992
- DUBY, G.S.: *San Bernardo y el arte cisterciense (El nacimiento del gótico)*. Madrid, 1989
- DUMONT, P.: *Los signos lapidarios de la abadía cisterciense de Flaran*. Mons, 1979
- GRANJA ALONSO, M. DE LA: *Estudio histórico, artístico, religioso, agrícola y humano del Real monasterio de Santa María de Moreruela de la orden cisterciense*. Zamora, 1990
- HERNÁNDEZ, FERNANDO M.: *Aproximación arqueológica al monasterio de Santa María de Moreruela*. Zamora, 1994
- HUGONOT, J. Y.: *L'abbaye de Noirlac et les batisseurs cisterciens*. Cambrai, 1984
- JIMENEZ ZORZO, F. J. MARTÍNEZ BUENAGUA, J. A. MARTÍNEZ PRADES, J. M.: *Estudio gliptográfico del monasterio de Veruela*. Cambrai, 1985
- LEQUEUX, J. M.: *Les marques des tailleurs de pierre, éléments de référence a l'usage de l'histoire de l'art*. Zaragoza, 1982
- MARTÍNEZ PRADES J. A. Y RUBIO SAMPER, J. M.: *Estudio gliptográfico del Monasterio de Veruela*. Cambrai, 1984
- El análisis gliptográfico en el castillo de Loarre (Huesca). Un método auxiliar del estudio arquitectónico*. Rochefort-sur-mer, 1990
- PÉREZ-EMBIWAMBA, J.: *El Císter en Castilla y León*. Salamanca, 1986
- RAMÍREZ Y BARBERÓ, JOSE TOMÁS: *Apuntes para la elaboración de un catálogo provisional de los signos lapidarios localizados en algunos monumentos medievales de carácter religioso de Zamora y su provincia*. Zaragoza, 1982
- RAMOS DE CASTRO, G.: *El arte románico en la provincia de Zamora*. Valladolid, 1977
- STEGER, M.: *L'abbaye de Sacramenia étude des marques de tâcherons*. Samoëns, 1989
- Étude des signes lapidaires d'édifices cisterciens du moyen age (églises, bâtiments conventuels, bâtiments annexes...)*. Pontevedra, 1986
- TOUS I SANABRA, J.: *Los signos gliptográficos del Císter en Verdú*. Cambrai, 1985
- TORRE MARTÍN-ROMO, R. DE LA: *Aproximación a os constructores de Alcobaça a través de sus marcas de cantería*. Orense, 1992
- VALLE PÉREZ, J. C.: *Análisis gliptográfico de la iglesia del monasterio de Armenteira. Propuestas metodológicas*. Pontevedra, 1986
- La introducción de la orden del Císter en los reinos de Castilla y León. Estado de la cuestión*. Orense, 1992.